

www.elboomeran.com

Alicia Plante

Una mancha más



Adriana Hidalgo editora

Plante, Alicia
Una mancha más -1ª. ed.
Buenos Aires : Adriana Hidalgo editora, 2011.
322 p. ; 19x13 cm. - (la lengua / novela)

ISBN 978-987-1556-...

1. Narrativa Argentina I. Título
CDD A863

la lengua / novela

Editor: Fabián Lebenglik
Maqueta de tapa: Eduardo Stupía
Diseño: Gabriela Di Giuseppe

1ª edición en Argentina: junio de 2011
1ª edición en España: junio de 2011

© Alicia Plante, 2011
© Adriana Hidalgo editora S.A., 2011
Córdoba 836 - P. 13 - Of. 1301
(1054) Buenos Aires
e-mail: info@adrianahidalgo.com
www.adrianahidalgo.com

ISBN Argentina: 978-987-1556-...
ISBN España: 978-84-92857-47-0

Impreso en Argentina
Printed in Argentina

Queda hecho el depósito que indica la ley 11.723

Prohibida la reproducción parcial o total sin permiso escrito
de la editorial. Todos los derechos reservados.

1

Desde la otra punta de la sala el gallego lo miraba fijo. Giró ostensiblemente la cabeza, descruzó y volvió a cruzar las piernas y lo miró nuevamente: sí, no cabía duda, por algún motivo el gallego lo estaba observando. Ese rincón de la sala estaba medio en sombras, en cambio a Daniel y a él les caía encima un chorro de luz que entraba por la banderola de la puerta de calle y los aislaba un poco, seguramente por eso no lo había notado. Pero ¿desde cuándo venía mirándolo así, de ese modo tan raro, y por qué? Notó que una vieja con cara de pariente se había sentado en el sofá junto al gallego y se inclinaba hacia adelante mientras le hablaba bajito, posiblemente sospechando que García Mejuto no la escuchaba. Y algo debió sentir él, alguna onda le habían mandado aquellos ojos intensos, entrecerrados como para calcularle el bolsillo, porque de golpe había girado la cabeza justo en su dirección. Era extraño, pensó, que lo observara de aquel modo, el gallego más bien lo había ignorado siempre, y encima hoy tenía la casa llena de gente con la que no debía verse nunca. Los velorios siempre terminaban siendo un último gesto simpático del muerto, este prestarse como excusa para que las per-

5

sonas se defendieran del miedo a la muerte hablando de tonterías. No se había acercado al cajón, a él no le daba miedo pero sí un desasosiego que no se había modificado nunca. Además, la gallega había sido siempre una mujer notablemente fea y seguro que la muerte no la favorecía. Y él, para espectáculos poco atractivos, tenía suficiente con el espejo del baño cada mañana.

Desvió la mirada y volvió a enfocar a Daniel: la verdad era que se lo veía muy apenado por la muerte de la madre. Lo recordaba con nitidez pedaleando en su triciclo por la cuadra de enfrente, el cuerpo echado adelante sobre el manubrio como si le jugara una carrera a la vida. Cuando él cruzaba a tomar el colectivo que lo llevaba al colegio secundario a veces lo hacía reír simulando que temía ser atropellado por algo enorme. El pelo rubiecito de la infancia se le había oscurecido, y sin embargo, pensó, era el mismo que hoy le colgaba con cierta gracia sobre los ojos claros. Un rico pibe, Daniel, delgado y rápido como un gato joven, con una sonrisa llena de dientes grandes y blancos y una voz inesperadamente profunda. Raúl lo venía escuchando hablar de sus tareas en la cátedra donde lo habían nombrado jefe de trabajos prácticos y pensó que encima había salido inteligente. Él ni loco se habría puesto a estudiar una carrera con la que difícilmente se ganara un mango. Al pendejo, en cambio, no parecía importarle mucho la guita, pero bueno, pensó, con lo que iba a heredar el día que el gallego crepara..., así cualquiera hacía la pata ancha. Ahora Daniel hablaba de reorganizar el trabajo con los

alumnos, quería formar equipos de trabajo, aprovechar la riqueza de la dinámica grupal, eran cosas en las que creía, dijo... Un pequeño malestar se le empezó a dilatar en el cuerpo viendo su entusiasmo. Intentó burlarse de él para sus adentros pero no pudo sostenerlo. Sería medio idealista Daniel, pero no era ningún boludo. Él nunca se había sentido así, entusiasmado y orgulloso. Pensó en sus guiones y reprimió una sonrisa amarga: sí, ¡justo para enorgullecerse era lo suyo! En realidad, precisamente en aquel momento debería estar en su departamento trabajando en uno nuevo en lugar de estar aquí, perdiendo el tiempo con el pendejo y sus sueños, o preguntándose por qué el gallego no le perdía pisada. Una mirada rápida a la derecha confirmó que el hombre seguía sin sacarle los ojos de encima. Estaba de pie ahora, a un costado del cajón, medio oculto detrás de dos mujeres demasiado afligidas.

Su madre y la modista del PH de la esquina estaban en la cocina tomando mate instaladas en las sillas de los gallegos. Las había dejado allí antes de sentarse a charlar con Daniel, pero ahora tendrían que terminar con los chismes de barrio porque él quería irse. Salvo que su madre estuviese dispuesta a quedarse sola. No era probable: por algo le había pedido que viniera a buscarla para cruzar juntos, ninguno de los dos le tenía afecto a los gallegos, pero ella había querido cumplir con el vecino de enfrente.

Volvió a buscar los ojos de García Mejuto: se había movido medio metro a la derecha y Raúl habría jurado

que buscaba una mejor perspectiva de ellos. Vio que su mirada iba y venía de Daniel a él y se preguntó si finalmente se les acercaría, pero no, no era conversar lo que le interesaba al gallego, quería seguir observando algo que él no lograba imaginar. Siempre había sido un bicho raro, huraño, antipático, casi agresivo. Por primera vez ahora se le ocurrió pensar que quizás sus lealtades habían quedado en el pueblito de donde venía y al que nunca había hecho nada por volver, que tal vez en este país, en este barrio donde había vivido más de cuarenta años, se sentía un extranjero que estaba de paso y no le importaba nada de ninguno de sus vecinos. Por eso mismo era muy extraño que hoy le prestara tanta atención. Volvió a mirarlo de reojo: supuso que debía molestarle que estuvieran juntos, que Daniel hablara con él, seguramente habría querido interrumpirlos, arriarlo hasta la puerta, algo así... Era absurdo, por supuesto, pero de pronto se preguntó si el hombre les estaría leyendo los labios.

Se despidió de Daniel con una palmada en el hombro y un “hasta pronto, che, te llamo un día de estos”. Ambos sabían que no se cumpliría, pero lo dijo fuerte para que el gallego oyera, porque sí, para joderlo. Le pasó al lado cuando iba hacia la cocina pero no lo miró. Ella, su madre, estaba inclinada hacia la modista en una confianza delicada, quizás algo de su hijo, de la nueva novia que no le conocía, pero él la había nombrado varias veces, un buen muchacho, no se imagina..., me viene ayudando con unos pesos y seguramente es un sacrificio,

pero qué le voy a hacer, tuve que pedirle, vio como son estas cosas, doña Elvira, cuando una se queda viuda...

—Me voy, vieja, tengo que trabajar... ¿Vos qué querés hacer?

La mirada del gallego, esa insistencia torva de los ojos, se le había quedado grabada. Mientras bajaba por Libertador hacia Palermo, diferentes imágenes se desgajaban unas de otras sin que las uniera un pensamiento coherente. Era un tirón largo desde Vicente López, siempre lo había sido, y a esta hora el tránsito estaba pesado. Avanzaba despacio, ya no confiaba en su auto: hasta que juntara la plata para cambiar el carburador y hacerle los frenos nunca estaría tranquilo. Tenía una idea para el guión, algo que necesitaba elaborar. Un par de posibilidades le venían dando vueltas en la cabeza, pero nunca había podido desarrollar un plan sin un lápiz y un papel delante. Y mientras tanto los ojos del gallego se le cruzaban a cada rato, era como tenerlo sentado en el asiento de atrás. Como un idiota miró por el retrovisor.

Y de golpe, con los ojos llenos de malicia, se echó a reír a carcajadas: él iba a sacarle provecho al raye del gallego; sí, la acción del nuevo guión podría girar perfectamente en torno a un tipo que se dedicaba a mirar, un voyerista que se calentaba mirando; no era mala idea, ya vería cómo darle forma y hacerla más picante. Qué gracioso, se dijo, si terminaba en deuda con García Mejuto por ayudarlo a “inspirarse”.

Podestá, el más importante de los productores para los que trabajaba, un tipo con muchas conexiones en los mercados del exterior, le venía pidiendo que le escribiera algo bien pesado, algo con chicos. Que no se preocupara por cómo se las arreglarían para filmarlo, decía, eso era problema de él, y cuando hablaba del tema era bien explícito: quería que metiera a pibes secuestrados, violaciones, por ahí con un cura, incluso que no descartara alguna escena de muerte, a alguien se le iba la mano por ejemplo, y entonces descubrían que el placer era todavía mayor. Y le explicaba que había un mercado enorme para ese tipo de cosas. A Raúl lo asqueaba bastante la propuesta y lo venía pateando para más adelante desde hacía casi un año, algo dentro de él se resistía, y era raro, porque en realidad a él no le importaban un carajo los chicos, ellos y ese mundo suyo lleno de fantasías y estupideces, con códigos que no entendía y que no le interesaban. Entonces ganaba tiempo, y una forma era entregar a Podestá material que lo entusiasmará. Ahí, hasta que la filmación había terminado y la distribución de los videos estaba por ponerse en marcha, el tipo se olvidaba de lo otro y no jodía.

Para Raúl era obvio que Podestá estaba caliente con Silvia y estaba casi seguro de que ella le venía mintiendo. Lo más probable era que se hubiese asegurado la renovación de su contrato de actriz —casi siempre a cargo del papel principal— con pasajes más o menos frecuentes por la cama del productor. A él no le importaba, los celos no eran lo suyo, en realidad quizás no era mala

idea un canje de servicios que, a la hora de traer Silvia sus honorarios a casa, terminaba favoreciéndolo también a él. Pero esperaba que Podestá entendiera que su aventura con ella era posible sólo porque a Raúl no le importaba y lo permitía: que el tipo no pensara que era más vivo que él, eso sí le habría jodido.

Se desviaba hacia Palermo por la avenida Bullrich cuando los de arriba abrieron la canilla y se largó un chaparrón que en pocos segundos había empañado los vidrios del Renault. Pasó el dorso de la mano por el parabrisas pero igual se veía mal. Aflojaba el pie del acelerador cuando sin causa ni explicación alguna la angustia tomó por asalto su mente y se instaló en los puntos más indefensos de su cuerpo. Una angustia extraña, suelta, como ajena. Y a la vez absolutamente suya, la reconocía. Era por la lluvia, pensó, en cuanto llegara a su casa iba a desaparecer, y de golpe la cara del gallego estaba otra vez ahí, pero ahora enganchada con imágenes de un momento horroroso de su niñez. Se había largado a llover de repente, como ahora, pensó, y en un solo instante todos los hechos y las sensaciones de aquella noche, sobre todo la angustia, volvieron y lo golpearon como una trompada. Al mismo tiempo, en un principio sin pensarlo claramente, supo que allí, en la forma en que aquella vez habían culminado los acontecimientos, estaba la explicación de por qué el gallego lo escrutaba de aquel modo mientras conversaba con Daniel. Y supo también, con total certeza y con una excitación que le hizo aferrar

con fuerza el volante, que este descubrimiento iba a cambiarle la vida.

Él tendría diez años, sería fácil averiguar exactamente la fecha: la hermana de su madre, el marido y sus dos primos habían llegado el día anterior de Estados Unidos y esa noche cenaban todos juntos en la casa de Vicente López. Recordaba con claridad a la madre cocinando desde la mañana, seguramente era sábado o domingo porque en un día de semana él habría estado en la escuela. La tensión había empezado temprano, el padre la jodía, estaba de mal humor y protestaba por todo, seguramente no le hacía gracia que vinieran, no se llevaba bien con el marido de la cuñada, un tipo grandote y colorado que había hecho mucho dinero en Los Ángeles y al cual debía envidiar con toda su alma. A él, en cambio, a Raúl, le gustaba el tío, le parecía oír sus risotadas y aquel vozarrón que tenía, un tipo alegre que se entusiasmaba con todo. A su lado el padre parecía aún más oscuro y siniestro, y todo el día él había temido el estallido de la violencia. Ese temor se traducía en una sensación familiar: el estómago se le endurecía como un puño de madera y los oídos le empezaban a zumbar. En un momento la madre le preguntó al padre con aquel tono chiquito suyo, el de cuando estaba asustada, si no tenía ganas de irse a jugar un rato al billar con sus amigos del bar, total faltaban varias horas para que llegaran. El padre se puso furioso, empezó a gritar, se paseaba por el

comedor insultándola, le decía toda clase de groserías, era como si sus propios gritos lo enardecieran. Dijo que se lo quería sacar de encima, que le faltaba el respeto, que no lo iba a permitir, que quién se creía que era...

Raúl subió corriendo a la terraza. Lo hacía siempre cuando el padre empezaba a gritarle a la madre. Cuando se las agarraba con él era distinto, Raúl no podía moverse, el pánico lo volvía como de piedra, ni hablar podía, no contestaba nada cuando lo arrinconaba con preguntas y casi deseaba que se sacara el cinturón de una vez y que los golpes empezaran rápido, así terminaban antes. Recordó que aquel día el padre estaba peor que nunca y que en la terraza, en el rincón más alejado de la escalera, medio cuerpo asomado por encima del parapeto, él se había puesto a hablar con un pajarito que lo miraba de perfil desde el árbol de la vereda. Levantaba la voz para no oír los gritos del padre y recién cuando le vio la espalda llegando a la esquina bajó la escalera y buscó a la madre.

Ella estaba sentada en un banquito de la cocina, la cara casi tocando las rodillas. Lloraba sin sonido, la boca entreabierta como si buscara aire, los brazos apretados alrededor de la cintura, un leve balanceo haciéndola ondular atrás y adelante. Él se acercó despacito y le apoyó un brazo en la espalda pero la madre le quitó el cuerpo de un salto que lo sobresaltó: varios días más tarde la vio de atrás cuando salía del baño en enagua y la imagen de aquellos moretones enormes había espesado el veneno que le inundaba el corazón.

Le llevó muchos años darse cuenta de que el padre, además de cruel, era vivo: nunca les había pegado, a ella o a él, en lugares visibles. Aquel día la madre no había dicho nada, nunca se quejaba con él, pero se recostó en la oscuridad del dormitorio y sólo más tarde volvió a la cocina. El padre llegó tarde, ya estaban todos sentados a la mesa y empezaban a comer. Venía “picado”, en general era así cuando regresaba del bar. En ciertas ocasiones, después de uno de sus arranques de violencia, el alcohol lo ponía mansito, hasta parecía arrepentido, pero aquella noche, quizás porque no lo habían esperado, hizo tal despliegue de mal humor y grosería que logró arruinarle la noche a todo el mundo. En un momento dado, ante una respuesta de muy mal gusto a su mujer, el tío lo había cortado en seco y el padre reculó y hasta medio pidió disculpas. Raúl sintió que la sangre se le juntaba toda en las orejas, en la cara, y deseó intensamente que el tío le diera la trompada que habría querido darle él, que lo matara en ese mismo instante, pero no, solamente se levantaron y se fueron todos.

El padre se acostó a dormir la mona, incrementada por el vino con que había engullido su comida, y él ayudó a la madre a lavar los platos, a sacar y guardar las tablas de alargue de la mesa y a dejar la casa en orden. Ninguno de los dos mencionó lo ocurrido, iban y venían del comedor a la cocina sin mirarse, pero Raúl imaginaba los sentimientos de la madre: llevaba dos años sin ver a su hermana y a sus sobrinos, y ahora,

con este incidente, con lo enojado que se había ido el cuñado, ¿qué iba a pasar?

Más tarde, mientras daba vueltas entre las sábanas, la oyó levantarse de la cama, abrir la puerta de entrada de la casa y luego cerrarla con suavidad. El sonido de su llanto le llegó intercalado con los truenos de la tormenta que venía amenazando desde el mediodía. De pronto, la intensa atención que prestaba a cuanto ocurría afuera y adentro captó la llegada del viento y su silbido en los pinos de la casa de al lado, y unos segundos después, la furia de una lluvia torrencial que pareció desplomarse junto con el cielo. Preocupado por su madre pero sin atreverse a seguirla, pensó que ella debía estar ahí, bajo el techito del zaguán, y que ni siquiera había encendido la luz por si pasaba algún vecino: que nadie la viera llorar, ni siquiera él. Tratando de adivinar qué pensaba, qué sentía ella, pendiente de cada sonido, oyó que frenaba un auto frente a la casa e imaginó que el tío venía a rescatarlos, a llevarlos con él, así como estaban, con lo puesto, que viviría con sus primos en Los Ángeles, para siempre lejos del temor y la violencia, de los golpes, de la vergüenza.

Se levantó descalzo, y sin hacer ruido, repitiendo mentalmente una y otra vez las pocas palabras de inglés que conocía, corrió a la puerta de entrada: desde unos meses atrás llegaba a la mirilla. Abrió aquella pequeña puertita metálica con cuidado para que la madre no lo descubriera y por el costado de su silueta en penumbra vio que el automóvil era efectivamente un taxi, pero no

fue el tío el que bajó en medio de la lluvia sino el gallego de enfrente, García Mejuto. Traía un paquete grande en los brazos y al desaparecer el taxi del medio lo vio luchar con las llaves y el paraguas mientras trataba de abrir con una sola mano la cerradura de la puerta de reja, y el envoltorio era pasado varias veces de un brazo a otro. Y de golpe, alzándose nítidamente sobre el ruido del viento y de la lluvia, oyó el llanto de protesta de un bebé.

En aquel momento García Mejuto logró al fin abrir la reja y Raúl lo vio correr bajo la lluvia a través del jardín y desaparecer dentro de su casa. Las luces se encendieron de golpe y él volvió a la cama antes de que su madre abriera la puerta.

Raúl sonrió. Hoy había conversado largamente con aquel bebé. Después de tantos años él ya ni pensaba en Daniel, el hijo de los gallegos, como un chico adoptado, seguramente ningún vecino lo hacía. Era un dato inerte en el fondo de la mente colectiva, una parte real pero desactivada del folklore del barrio: habían pasado cerca de treinta años y aunque el pibe ya no viviera con los padres era considerado un integrante incuestionable de la cuadra.

Sin embargo, Raúl siempre había tenido una memoria excepcional y recordaba bien una conversación que tuvieron una noche su madre y su padre suponiendo que él aún estaba en el cuartito de la terraza. Todo recordaba, la voz monótona con que hablaba ella, su

insistencia en que no creía la historia de los gallegos, que aquel chico rubio y de ojos claros, blanquito como un pan abierto al medio, no podía ser hijo de ninguna chiquilina que no estaba en condiciones de criarlo y lo daba en adopción. Y encima la forma en que García Mejuto había llegado con el bebé bajo la lluvia, en mitad de la noche... Eso, le decía a su marido sin más explicaciones, era muy raro.

Desde la cocina, completamente inmóvil junto al marco de la puerta, el vaso de agua apretado dentro de ambas manos, Raúl no podía verlos pero reconoció cada pequeño sonido que ellos produjeron. Su madre cosía sentada a la mesa del comedor y cada tanto apoyaba la tijera o abría la tapa del costurero o hacía correr la tela entre sus manos. Sabía en qué silla estaba sentada porque reconocía el modo de crujir de cada una, así como siempre había distinguido el ruido de un cajón u otro que se abriera en cualquier parte de la casa. Su padre, que leía el diario de la tarde, no estaba concentrado en la lectura de nada en particular: pasaba las hojas continuamente. Imaginó que lo que ella decía algún efecto iba a provocarle y el temor a una reacción lo agitaba. Esa única vez ella se animó a dar un paso más en la construcción de una teoría: el bebé era robado, algo había oído de cosas por el estilo, tenía amigas en la parroquia que conocían a estas mujeres que se habían organizando para buscar juntas a sus hijos desaparecidos, chicos y chicas jóvenes, en su mayoría estudiantes u obreros que no habían estado de acuerdo con que los militares tomaran

el gobierno por la fuerza... Y había oído que a las que estaban embarazadas les quitaban los bebés recién nacidos y se los quedaban ellos... Y García Mejuto, que estaba a favor de Franco —ella lo había oído hablando con el dueño de la ferretería—, tenía amigos muy desagradables, “vos nunca los viste porque vienen en días de semana, al mediodía, pero para mí que son militares de particular”, agregaba. Al ver que él no respondía, su madre se fue atreviendo y al fin opinó que ella pensaba que deberían hacer algo, una denuncia, algo así... El sonido del diario cuando el padre lo cerró de golpe y lo tiró al piso lo sobresaltó. No iba a escuchar más estupideces, dijo, arrastrando la silla al ponerse de pie, él no iba a hacer nada por el estilo, no iba a enemistarse con un vecino que estaba en su derecho, siempre la misma imbécil, ella. Una loca. Cómo se te ocurre... Si el pibe es hijo de terroristas está mejor con el gallego y la mujer, no te das cuenta, hacen bien en sacárselos y que una familia decente los críe como Dios manda...

Durante todo el verano anterior —era el año 76, a más tardar el 77—, numerosos mediodías su madre y él habían visto el Ford Falcon que paraba ante la puerta de los García Mejuto y a los cuatro hombres de traje oscuro, siempre los mismos, que bajaban del auto y entraban en la casa. A través de los visillos del dormitorio principal, la madre y él los veían bajar con varias bolsas de supermercado, y luego los torsos iban de aquí para allá entre las macetas de la terraza del gallego hasta que el humo de la parrilla se había disipado casi totalmente.

Ahí se metían en el quincho a comer el asado. La música y la explosión de las risas se oían durante varias horas en el silencio de la siesta de verano. Un atardecer, en la época en que tenían al ovejero alemán y a veces él cruzaba para pasearlo por otras veredas, descubrió contra el árbol del gallego una caja de cartón llena de botellas de vino vacías y se agachó para contarlas: eran siete.

El que mandaba a los demás —en realidad, el que tenía una actitud más arrogante y daba algunas órdenes a los otros: “Corré el auto a la sombra”, “Suban las bolsas por la escalera de afuera”, “No se olviden del carbón”, en fin, ese tipo de cosas— se sentaba adelante en el Falcon, pero nunca manejaba, había uno petiso y rengo que era el chofer. Raúl recordaba bien la cara cetrina del jefe, un tipo delgado y bastante joven que en las mejillas tenía unas marcas profundas de acné, pelo bien corto y un gran bigote oscuro al estilo de Videla. “Todos estos milicos”, le había dicho la madre, “quieren parecerse a Videla”.

Un día llegaron cuando él estaba sentado en el umbral de su casa a la sombra del paraíso de la vereda. Con la uña se arrancaba las cascaritas casi secas de una peladura en la rodilla. Era un operativo delicado porque si despegaba la parte del centro, mucho más gruesa y profunda, le iba a doler y seguramente sangraría, pero nunca lograba resistir la tentación de avanzar desde los bordes. Ya había despegado demasiado y empezaba a dolerle, pero no podía parar, y estaba tan concentrado que no vio llegar el Falcon. De pronto algo percibió y

lentamente alzó la cabeza: el de la cara poceada estaba de pie en medio de la calle, apoyado en la puerta abierta del auto, y lo miraba con una semisonrisa. Una expresión como satisfecha.

Raúl recordaba aquella mirada, recordaba sobre todo haberse puesto de pie y haber retrocedido a través del jardín del frente. No podía imaginar entonces cuántos años pasarían antes de que las circunstancias lo pusieran nuevamente frente a los ojos de este individuo del que nunca conoció ni el nombre.